

TARCISIO

La víspera del día en que los condenados habían de *lachar* con las fieras, esto es, debían ser despedazados por ellas, era siempre día de la mayor libertad. Se permitía a los amigos de las víctimas venir a visitarlas, y los cristianos no dejaban nunca de aprovechar de la licencia para ir en gran número a la cárcel y recomendarse a las oraciones de los santos confesores de Jesucristo. Por la tarde les servían lo que se llamaba la cena libre. Esta era una comida abundante y aun delicada de que se hacía una especie de fiesta pública. La mesa estaba rodeada de paganos, curiosos de estudiar la conducta y fisonomía de los combatientes del día siguiente. Pero los curiosos no podían contemplar ni las bravatas insolentes y furiosas, ni el desaliento y amargura que se veía en los condenados ordinarios. Esa comida era verdaderamente una *agape* para los convidados, o un banquete de caridad, porque cenaban con tranquilidad y calma, hablando alegremente. Sin embargo Pancracio, afligido por la curiosidad de que eran objeto, y de las crueles observaciones de los espectadores, les respondió diciéndoles :

—No os basta la fiesta de mañana, sino que venís a contemplar todavía los objetos de vuestro odio futuro. Hoy sois nuestros amigos, mañana seréis nuestros enemigos. Pero miradnos bien, para que podáis reconocer nuestros semblantes en el día del juicio. Esta salida inesperada causó impresión en los oyentes ; muchos se retiraron, y de ahí tomaron más tarde el germen de su conversión.

Pero mientras que los perseguidores preparaban así un banquete para festejar a los cuerpos de sus víctimas, la Iglesia, su madre, había preparado un banquete mucho más precioso para festejar a las almas de sus hijos. Los diáconos no los abandonaron un solo instante, particularmente Reparato, que se hubiera regocijado mucho por poder

participar de su martirio. Mas los deberes de su ministerio se lo prohibían por el momento. Después de haber provisto lo mejor que pudo a sus necesidades temporales, se puso de acuerdo con el santo presbítero Dionisio, que continuaba habitando la casa de Inés, para enviar por la tarde porciones suficientes del pan de vida, a fin de poder alimentar al día siguiente antes de la batalla a los campeones de Jesucristo. Aunque los diáconos tenían la misión de llevar de la iglesia principal a las capillas auxiliares de parroquia, las especies consagradas, para que se distribuyesen en ellas únicamente por los titulares, los ministros inferiores eran los que estaban encargados de llevarlas a los mártires en las cárceles, y aun a los moribundos. En aquel día, en que las pasiones hostiles de la ciudad pagana estaban animadas más que nunca por la aproximación del degüello de un número tan grande de cristianos, era una misión llena de peligros poco comunes. Además de esto, las revelaciones de Torcuato acababan de hacer conocer que Fulvio había anotado cuidadosamente las señas de todos los ministros del santuario, y que esas señas habían sido transmitidas a la multitud innumerable y activa de sus espías. Por esta razón apenas se atrevían a arriesgarse a salir de día sin disfrazarse.

El pan sagrado estaba preparado. El sacerdote, desde lo alto del altar sobre que estaba colocado el copón, se volvió para ver quién de los asistentes convendría mejor para la misión santa que le reservaba. Antes que nadie se ofreciese, el joven acólito Tarcisio se adelantó y fue a colocarse delante de él. Las manos extendi las hacia adelante, prontas para recibir el depósito sagrado, la mirada que iluminaba su hermosa cara, inocente y cándida como la de un ángel, parecían hablar en su favor y reclamar la preferencia.

—Eres demasiado joven, hijo mío, dijo el sacerdote, conmovido de admiración a la vista del cuadro patético que se le presentaba.

—Mi juventud, padre santo, será mi mejor protección. ¡Oh, no me neguéis este inmenso honor!, y algunas lágrimas brillaban en los ojos del niño, y sus mejillas se ruborizaban con una emoción modesta, mientras que pronunciaba estas palabras. Y extendió de nuevo las manos hacia el sacerdote, y le rogó con un tono tan lleno de fervor y de ánimo, que el santo hombre no pudo resistir. Tomó el sacramento del divino misterio, lo envolvió respetuosamente en un lienzo blanco, lo cubrió segunda vez y lo entregó al niño, diciéndole:

—Acuérdate, Tarcisio, que se confía a tus débiles cuidados un tesoro celestial. Evita los sitios públicos demasiado tumultuosos, y no olvides que las cosas sagradas no han de ser distribuidas a los perros, que las perlas no han de ser arrojadas a los puercos. ¿Guardarás con fidelidad esos dones sagrados de Dios?

—Moriré antes que entregarlos, respondió el piadoso joven, colocando el depósito celestial en la parte superior de su túnica. Y después de haber saludado profundamente al pontífice, salió para cumplir su misión. En su fisonomía se veía la expresión de una gravedad superior a su edad, cuando atravesaba con paso ligero las calles de la ciudad, poniendo igual cuidado en evitar las plazas demasiado populosas y las calles de mala nota.

Al pasar cerca de la puerta de una casa grande, la dueña de ella, rica matrona sin hijos, le vio venir, y se admiró de la hermosura y dulzura de sus facciones. En efecto, causaba placer el verle; marchando rápidamente con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Deténte un momento, hijo mío, le dijo, saliéndole al encuentro; dime tu nombre e indícame dónde viven tus padres.

—Me llamo Tarcisio; soy huérfano, respondió, levantando los ojos y sonriéndose; y no tengo más morada que un lugar que quizá no os sería agradable oír nombrar.

—Entonces éntra en mi casa y descánsa en ella un poco; deseo hablarte. ¡ Oh! ¡ si yo tuviese un niño como tú!

—Ahora no, noble señora, no puedo entrar ahora. Me han confiado el cumplimiento de un deber sagrado y solemne, y no puedo diferir un momento su desempeño.

—Entonces prométeme al menos venir a verme mañana; esta es mi morada.

—Si vivo mañana, vendré, dijo el niño con voz inspirada que le hacía parecer un mensajero del otro mundo; y se alejó. La señora le vio alejarse durante bastante largo tiempo, y después de alguna vacilación se decidió a seguirle. Pero en breve oyó un gran tumulto, acompañado de gritos que la llenaron de terror: se detuvo.... los gritos cesaron, y continuó su camino.

Durante este tiempo Tarcisio, con el espíritu preocupado de pensamientos más elevados que el de ser un día el heredero de tan noble matrona, marchaba apresuradamente hacia la cárcel; para llegar a ella, tenía que atravesar una gran plaza, en que algunos muchachos escapados de una escuela vecina principiaban sus juegos.

—Nos falta uno para nuestro partido, ¿qué haremos? acababa de decir el jefe de la banda.

—Hé aquí justamente lo que nos conviene, exclamó otro; aquí viene Tarcisio, a quien no he visto hace un siglo. Es un buen muchacho, muy hábil en toda clase de juegos. Vén, pues, Tarcisio, dijo, cogiéndole por el brazo, ¿a dónde vas tan de prisa? Vén a jugar con nosotros.

—No puedo en este momento, Petilio; en verdad, no puedo. Estoy encargado de una comisión muy importante.

—Cállate! no hay comisión que valga, exclamó el que habló primero, muchacho grande y robusto que tenía la traza y las facciones de un palurdo. No trates de resistir, porque yo no lo toleraría. Conque así, vén pronto.

—Os suplico, dijo el buen niño con un tono humilde, os suplico que no me detengáis.

—No escucho nada, replicó el otro. Pero veamos, ¿qué ocultas con tanto cuidado en el pecho? Una carta, lo su-

pongo; ahora bien, ella no se irá por estar un momento fuera de su nido. Dámela, yo la pondré en lugar seguro mientras que jugamos. Y alargó la mano para apoderarse del depósito sagrado que el niño llevaba en el pecho.

—¡ Jesús! ¡ Jamás! respondió el niño levantando sus ojos hacia el cielo.

—Quiero ver eso, dijo el otro, insistiendo brutalmente; quiero saber lo que es ese maravilloso secreto. Y se puso a empujar violentamente al niño, tirándole el brazo para hacerle soltar lo que llevaba. Una multitud de hombres de la vecindad se reunió al rededor de ellos, preguntando todos con curiosidad de qué se trataba. Ellos veían a un niño que, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía dotado de una fuerza sobrenatural, porque resistía enérgicamente a todos los esfuerzos de un muchacho más grande y más robusto que él, y que trataba de hacerle entregar el secreto del mensaje que llevaba. Los puñetazos, los sopapos y las violencias de toda clase parecían no tener sobre él ningún efecto. Los soportaba sin murmurar, sin tratar de responder a ellos, y reunía todos sus esfuerzos para defender su depósito sagrado.

—¿Qué es eso? ¿qué puede ser eso?, se preguntaban unos a otros; y nadie podía responder, cuando, por casualidad, Fulvio acertó a pasar por allí. Al ver aquella reunión, se aproximó a ella, y reconoció al instante a Tarcisio por haberle visto durante la ordenación. Habiéndose atraído las preguntas de la multitud por su traje y traza distinguidos, respondió con tono desdeñoso y volviendo la espalda: ¿Qué es? es un asno cristiano que lleva reliquias.

Estas palabras bastaron. Fulvio desdeñaba por su propia cuenta una pieza tan pequeña, pero sabía muy bien el efecto que habían de producir sus palabras. La curiosidad pagana, deseosa de ver los misterios de los cristianos para violarlos e insultarlos, estaba atenta, y un grito general se levantó reclamando con toda clase de amenazas el depósito de que Tarcisio estaba encargado.

—¡Jamás, jamás, sino con mi vida! se limitaba a responder el niño. Un herrero gigantesco le dio un terrible puñetazo en la cabeza; el niño quedó atolondrado y la sangre salió de la herida. Un segundo golpe, después un tercero, siguieron, y otros muchos aún, tanto que al fin el desgraciado niño, enteramente golpeado, pero teniendo siempre los brazos cruzados sobre el pecho, cayó abatido en el suelo. Al momento la multitud se echó sobre él, y veinte brazos se extendían para arrancarle el depósito celestial, cuando de repente los cobardes agresores se sintieron rechazados a derecha e izquierda por un brazo de una fuerza gigantesca. Unos van a volar hasta la extremidad de la plaza, otros permanecen aturdidos en el mismo sitio sin saber lo que les sucede, y los demás se retiran al ver un oficial de talla atlética, autor de todo aquel desorden. Cuando la plaza quedó limpia, el oficial se arrodilló junto a la víctima, casi desmayada, y con las lágrimas en los ojos, la levantó poco a poco con los tiernos cuidados que una madre hubiese podido emplear, y después le preguntó con una voz suave: ¿sufrió mucho, Tarcisio?

—No os ocupéis de mí, Cuadrato, dijo el niño abriendo los ojos con una sonrisa; llevo sobre mí los divinos misterios: tened cuidado de ellos.

El soldado levantó al niño en sus brazos con un respeto que manifestaba que no solamente era la dulce víctima de un heroico sacrificio, el cuerpo de un mártir lo que llevaba, sino el verdadero Rey y Señor de los mártires y la divina víctima de la redención eterna. La cabeza del niño descansaba con abandono lleno de confianza sobre los hombros robustos del soldado, pero sus manos y brazos permanecían cruzados sobre su pecho para velar hasta el fin por el tesoro que le estaba confiado. El valiente Cuadrato no sentía el peso de la doble y santa carga que llevaba. Nadie se atrevió a detenerle; mas a alguna distancia de allí encontró a una señora que fijó sobre él los ojos llenos de admiración y de espanto. Ella se aproximó, y fue a mirar al niño más de cerca.

—¿Es posible, exclamó con terror, es Tarcisio, a quien vi hace un momento tan joven y tan hermoso? ¿quién, pues, le ha puesto en semejante estado?

—Señora, respondió Cuadrato, le han asesinado porque era cristiano.

La señora fijó durante algún tiempo su mirada sobre el pálido semblante del niño. Este abrió los ojos, la vio, se sonrió y expiró. Mas esa mirada hizo entrar en el corazón de la noble mujer el rayo de la fe, y se apresuró a abrazar la religión cristiana.

El venerable Dionisio no pudo contener las lágrimas que cegaban sus ojos, cuando, al separar las manos del niño, descubrió sobre su pecho, intacto y puro, el depósito glorioso, el Santo de los Santos. Le pareció que la víctima se asemejaba mucho más a un ángel, adormecido como estaba con el sueño de los mártires, que cuando se hallaba lleno de vida una hora antes. El mismo Cuadrato le llevó al cementerio de Calixto, en el que fue enterrado en presencia de los más antiguos en la fe, que lloraban de admiración; y más tarde el santo Papa Dámaso compuso para él un epitafio, que es imposible leer sin convencerse de que la creencia en la presencia real del cuerpo de Nuestro Señor en la divina Eucaristía era entonces tan general y tan firme como en nuestros días:

*Tarcisium sanctum Christi sacramentum gerentem,
Cum male sana manus petere vulgare profanis,
Ipse animam potius voluit dimittere cæsus,
Prodere quam canibus rabidis cælestia membra.*

Se hace mención de él en el Martirologio romano, el 15 de agosto, como de mártir cuya fiesta conmemorativa se celebraba en el cementerio de Calixto; sus reliquias fueron transportadas más tarde a la iglesia de San Silvestre in Campo, como lo indica una antigua inscripción.

GARDENAL NICOLÁS WISEMAN